

MITOLOGÍA SUDAMERICANA

XII

LA ASTRONOMÍA DE LOS MOCOVÍ

(SEGUNDA PARTE)

POR R. LEHMANN-NITSCHKE

Jefe del Departamento de antropología del Museo de La Plata

Al doctor Alfred Maass,

Berlín.

Al agregar la segunda parte a nuestra *Astronomía de los Mocoquí*¹ no esperaba poder aumentar con otro algún día el *corpus* de esos documentos que nos revelan la vida psíquica de los aborígenes del Chaco. Por fortuna, inesperadamente tropecé con dos textos, interesantes bajo más de un punto de vista, que justifican una publicación especial.

I

El primer documento está representado por algunos párrafos de un manuscrito del siglo XVIII, inédito, desconocido y anónimo, que se guarda en el Archivo de la Compañía de Jesús en Sarriá, suburbio de Barcelona. Fué descubierto por el padre Guillermo Furlong, S. J., de Buenos Aires, quien lo copió íntegro en el año 1921.

El manuscrito no lleva título; trata únicamente de la *Nación Mocoquí*, del Chaco. Es anónimo como fué dicho, pero cree el padre Furlong que debe atribuirse al padre Manuel Canelas, S. J., quien en el siglo XVIII había dedicado nueve años y medio de su vida a la catequización de aquellos aborígenes.

Conociendo el padre Furlong mi gran interés para esta parte de la

¹ LEHMANN-NITSCHKE, *Mitología sudamericana*, VII. *La astronomía de los Mocoquí*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVIII, p. 66-79, 1924.

etnografía sudamericana tuvo la excepcional deferencia de facilitarme la copia del valioso manuscrito, hecha por él en tantas horas de labor ininterrumpida, permitiéndome al mismo tiempo que publicara, anticipadamente, todos aquellos párrafos que pudiesen adelantar nuestros conocimientos de la primitiva astronomía sudamericana. Reciba, pues, por su altruísta desprendimiento, el testimonio de mi más íntima gratitud.

Al extractar el manuscrito hemos copiado también, e intercalado en la presente monografía, los párrafos 1 y 3 del capítulo primero del libro I, quiere decir, el comienzo de la obra. No tienen que ver, por cierto, directamente con nuestro tema, o sea la astronomía de los Mocoví. Pero tanto la antropogenia (§ 1) (que no tiene analogía que yo sepa en la mitología sudamericana), como la historia de la gran inundación (§ 2), están relacionadas con el estado primitivo del cosmo referido a continuación de estos párrafos (ver m. a. p. 147 sobre la caída del sol). Fuera de estos puntos de vista, en nuestra publicación anterior (p. 69) hemos reproducido también, según Guevara, el mito del incendio combinado con aquel acontecimiento, así que sobran motivos para ofrecer ahora aquellos textos tan interesantes. En el documento que publicamos, la narración del diluvio recuerda en muchos detalles la tradición bíblica; compárese, por ejemplo, eso del « gran bareo » con « un solo agujero o ventana », mientras que el episodio del fuego apagado y su recuperación gracias a la habilidad del cuervo (¿ habrá sido mandado en su busca ?) debe derivar de un mito autóctono americano.

OBSCURO ORIGEN DE LA NACIÓN MOCOVÍ

(Libro I, capítulo 1)

§ 1. « No es tan obscuro el origen que juzgaba esta nación haber tenido, que no se divisen en él algunas luces de la creación del hombre. Persuadíase que hubo un gran Mocobí ¹ el cual deseando descendencia, y hallándose sin consorte, se valió de una olla de tierra en la cual semió, y la tapó muy bien. Al tiempo que le pareció bastante por que se hubiere formado el feto, la destapó, y se encontró en ella con un animalo cuerpecito. Alegróse del feliz parto, pero reconociéndolo no lo encontró cual lo deseaba. Queríalo hembra para desposarse con ella, no varón cual le había salido. Iteró la diligencia por si surtía el pretendido efecto, mas le volvió a salir un infantilillo. Repitióla tercera vez, pero Mocobisita no logró. Entonces supo él ingeniarse de tal suerte que hizo

¹ Es el héroe del cual desciende la tribu (« Ahnherr »). « Gran » en sentido figurativo; el equivalente indio debe ser título de respeto.

de uno, o de dos de los tres Mocobisitos una o dos hembritas. Con una de ellas se casó después de tiempo; y si fueron dos ¹, o el Mocobí grande cogió las dos, o una cogió para sí y otra para el varoncito que le quedaba, con lo que se fueron multiplicando y poblando la tierra. Así se obscurece la razón cuando no la alumbra la fe!»

§ 2. [Trata de la supuesta descendencia de los Mocovíes, de los Hebreos o de «algún comercio con ellos».]

§ 3. «Tenían memoria y contaban que había habido antiguamente un gran barco y tan cerrado que no tenía sino un solo agujero o ventana, al que llamaban *Nehcotá* ², nombre que después aplicaron a toda embarcación. Y añadían que había habido una lluvia tan copiosa que les apagó totalmente el fuego e imposibilitó el sacarle de nuevo por haber humedecido los palos con que lo sacan; y que hallándose en este gran trabajo apareció en sus tierras un cuervo con un tizón de fuego en el pico de donde todos tomaron fuego ³. Por esto el cuervo no volvería al arca porque harto tendría que hacer en sacar fuego para los Mocobis. Quedó esta nación tan agradecida al beneficio que siendo como son tan inclinados a seguir y flechar a cualquier pájaro que a ninguno perdonan, sólo al cuervo nadie tira, y ni aun por diversión los muchachos.

«También contaban que en no sé qué revolución de los cielos iba a caer el sol cuando uno o algunos valerosos Mocobis lo detuvieron o con sus manos o con sus dardos.»

¹ Aquí falta: «sucedió que», o algo al estilo.

² *Nehcotá*, cf. Mocoví *i-likotá*, Toba *ni-likotá*, canoa (KOCH-GRÜNBERG, *Die Guai-kurú-Gruppe*, en *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, XXXIII, p. 67, 1903). El término mismo es *cota*; *neh* una especie de artículo, véase *ibidem*, p. 83: «El artículo que falta en todos los idiomas del grupo Guaicurú, es reemplazado por el prefijo *n* o a veces *ni*, según sea vocal o consonante el principio del respectivo substantivo. Este prefijo puede llamarse absoluto o abstracto porque no relaciona de ninguna manera el nombre con el cual está combinado, con propietario alguno.»

³ ¿Habrá sido mandado el cuervo en busca del fuego? Parece que la primera vez fué enviada otra ave que no volvía, «porque harto tendría que hacer en sacar fuego para los Mocobis». Recién un segundo mensajero alado, o sea el cuervo, habrá podido cumplir con la orden, en reconocimiento de lo cual se ve ahora respetado por los cazadores y muchachos jugadores.

El tema tiene su paralelismo en la mitología de los indígenas del noroeste de Norteamérica: Yelth, el cuervo, trajo a la gente humana el sol, la luna, las estrellas, el agua y el fuego que estaban guardados por el Águila; el último objeto (que Yelth llevó en el pico) era el fuego. Cuando el tizón casi se había quemado, el humo ennegreció el plumaje y el pico del ave (DÄHNHARDT, *Natursagen...* III, p. 116, Leipzig und Berlin, 1910; ex PHILIPPS, *Indian fairy tales*, p. 60, Chicago s. f.).

DETALLES ASTRONÓMICOS

§ 1. *El cielo en general*

Reza el manuscrito como sigue (libro I, capítulo 8):

« Dieron al cielo el nombre de *Ipiguem* que quiere decir arriba o lo de arriba, porque no arribó a más en entendimiento que a lo que alcanzó su vista. Juzgaban que por los horizontes pegaba con la tierra; y después que se les explicó lo que era y como estaba, era necesaria bastante instrucción para satisfacer a las preguntas que hacían. »

Respecto a una « revolución de los cielos », ver el párrafo siguiente.

Como novedad llegamos a saber que el cielo, « por los horizontes pega con la tierra ».

Respecto al término indígena, repito lo que escribí en la *Astronomía de los Tobas*, primera parte, párrafo 1¹:

« Para « cielo » apunté, entre la gente del Pilcomayo, la palabra *lōokj*; para « alba », *piyim*. La última palabra, en la variante *pigim* (*g* a pronunciar como ante *a*), diéronme los Tobas del Chaco oriental para « cielo » y « alba ». El asunto es interesante, pues fué tratado por Th. Koch-Grünberg en su estudio comparativo sobre los dialectos del grupo Guaicurú². Nuestro autor cree que *pigime*, *pigem*, *pigam*, en la acepción de « cielo », sea creación de los misioneros, « lo que ya parece indicar la identidad de esta palabra en los diferentes idiomas » del grupo Guaicurú. La palabra *lōokj*, según el mismo autor, es una palabra toba « evidentemente antigua ».

« No comprendemos los motivos por los cuales *pigim*, etc., ha de ser creación misionera, pues la influencia de esos abnegados mártires nunca habrá sido suficiente para modificar locuciones indígenas, por lo menos en estas partes del continente sudamericano. »

§ 2. *Los dos grandes astros: sol y luna*

Refiere nuestro manuscrito (libro I, capítulo 1, § 3 fin):

« Contaban que en no sé qué revolución de los cielos iba a caer el sol cuando uno o algunos valerosos Mocabís lo detuvieron o con sus manos o con sus dardos. »

Es el mismo asunto ya tratado por el padre Guevara en forma mucho

¹ LEHMANN-NITSCHÉ, *Mitología sudamericana*, VI, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, p. 267-285, 1923.

² KOCH-GRÜNBERG, *Die Guaikurú-Gruppe*, etc., p. 60.

más amplia, ver páginas 64 y 65 de su *Historia*, reproducidas en nuestra parte primera de la *Astronomía de los Mocoví*, § 2:

« Una vez [el sol] cayó del cielo y enterneció tanto el corazón de un Mocobí que se ingenió para levantarlo, y lo amarró para que no volviese a caer. La misma fatalidad sucedió al cielo, pero los ingeniosos y robustos Mocobís, con puntas de palos lo solevaron y repusieron en sus ejes.

« Segunda vez cayó el sol, o porque las ataduras no eran bastante robustas, o porque el tiempo debilitó su fortaleza. Entonces fué cuando por todas partes corrieron inundaciones de fuego y llamas que todo lo abrasaron y consumieron, árboles, plantas, animales y hombres. Pocos Mocobís, por repararse de los incendios, se abismaron en los ríos y lagunas y se convirtieron en capignarás [*Hydrochoerus*] y caimanes. Pero dos de ellos, marido y mujer, buscaron asilo en la eminencia de un altísimo árbol, desde donde miraron correr ríos de fuego que inundaban la superficie de la tierra; pero impensadamente se arrebató para arriba una llamarada que los chamuscó la cara y convirtió en monos de los cuales tuvo principio la especie de estos ridículos animales. »

Más adelante, en el capítulo 8 del mismo libro I, refiere el manuscrito que estamos extractando, algunos detalles sobre los dos grandes astros que completan, como se verá, los datos del padre Guevara. Leemos al respecto:

« Al sol llaman *Dazó* y a la luna *Cidaigo*, invirtiendo el género y dando el femenino al sol y el masculino a la luna. Su nacimiento y oca-so, explican con la expresión de nacer y entrar. Su estar en el zenit, con esta [palabra] *Nataamcatigua* que dice: derecho hacia la tierra.

« Por las lunas regulan los meses y cuentan por las primaveras los años. Cuando hay luna nueva, salen los muchachos a celebrar su nacimiento, dando gritos y alaridos y estirándose las narices; como son algo ñatos querían que con la luna crezcan. »

Todo esto está confirmado por los apuntes del padre Guevara que ya fueron estudiados, pues escribe (*Historia*, p. 64-65, ver nuestra anterior *Astronomía de los Mocoví*, p. 68-69):

« Al sol conciben como mujer y le llaman *Gdazoa* que significa compañera... A la luna llaman *Cidiago* y juzgan que es hombre. » (Como buen varón, a veces lleva consigo una « amiga », ver m. a. § 4).

Ambas voces indígenas corresponden, como hemos demostrado en las páginas 69 y 70 de nuestra monografía primera, al dialecto mocoví del gran grupo lingüístico guaicurú.

Respecto al término *nataamcatigua*, escapa por el momento a un análisis satisfactorio.

Eso de tirarse de las narices también fué referido por Guevara (ver nuestra *Astronomía de los Mocoví*, p. 69):

« En oposición [debe ser: A la aparición, ver más adelante] de [la] luna, los grandes piden a *Cidiago* que les dé mujer, y los muchachos a grandes gritos, tirándose las narices, le piden que se las alargue. »

La misma costumbre, realizada al presentarse el astro después del novilunio, existe todavía entre los Mocovíes modernos como pude comprobar en el año 1924 (ver nuestra monografía anterior, p. 78):

« Cuando los indios ven por primera vez la luna nueva, los viejos le piden tener más fuerza, y los jóvenes ser mejores mozos, tirándose de la nariz para componer la forma de este apéndice y resultar más simpáticos. »

Como se ve, hay contradicción respecto a la fase lunar que provoca uso tan bizarro. Guevara, habla de « oposición », es decir, de plenilunio: Canelas, el probable autor del manuscrito que estamos extractando, de « luna nueva » y la misma fase me fué indicada en Quitilipi, en 1924. Van pues dos apuntes independientes contra uno, pero aun dejando de lado este criterio más bien matemático es claro que la forma delgada y arqueada de la luna recién visible después de los días del novilunio, incita a compararla con la nariz del observador, no así el disco redondo de la luna llena. Opinamos, pues, que las palabras « En oposición » del párrafo de Guevara, son erróneas y deben substituirse con « A la aparición ».

§ 3. *Los eclipses lunares*

Llegamos a saber en el capítulo 8 (libro I) de nuestro manuscrito que « cuando se eclipsa [la luna] juzgan que la asaltan ciertos perros ».

Asunto conocidísimo en la mitología sudamericana.

§ 4. *Las estrellas en general*

Refiere el manuscrito al fin del capítulo 8 (libro I):

« Tienen experimental conocimiento de los orientes y occidentes de las estrellas y del tiempo en que salen y entran. Por ellas se gobiernan de noche en sus viajes con acierto que admira. »

Poco antes encontramos el dato siguiente:

« A una estrella que aparece a veces muy junta a la luna, llaman *su amiga*. »

Claro que puede ser una estrella cualquiera, siempre que sea grande y brillante. Como Luna es varón (ver § 2), no extraña que lleve consigo, a veces, una « amiga ».

§ 4 a. *El planeta Venus (matutino)*

« Al lucero dicen *Neetegce*, que quiere decir : la que va antes del día. » Así refiere nuestro manuscrito (libro I, cap. 8).

Analizando la voz india damos con *n ectée*, « mañana », en lengua mocoví¹.

§ 5. *La constelación « Nuestro Abuelo el Señor »*

Nuestras Pléyadas, como quedó demostrado en el párrafo 5 de la monografía anterior, gozan de consideración especial también entre las tribus primitivas del Chaco. José Guevara y Martín Dobrizhoffer refieren, brevemente el primero y en forma amplia el segundo, como este cúmulo de estrellas lleva el nombre de « Nuestro Abuelo el Señor » y es saludado en el momento de presentarse nuevamente en el cielo, en mayo (salida heliaca).

Nuestro manuscrito trata del mismo asunto completándolo. El término indio *Gdoapidalgate* es idéntico al indicado por Guevara y debe proceder de la misma fuente. La traducción, claro que debe estar en singular; es difícil saber por qué nuestro manuscrito da « Nuestros Abuelos »; el autor jesuíta que compuso nuestro manuscrito debe haber cometido una equivocación, al copiar unos borradores originales.

Veamos ahora lo que refiere en su § 53 el libro I, capítulo 4 :

« § 53. El simple conocimiento de la inmortalidad del alma trae toda su inutilidad de la falta total que tuvieron de conocimiento de Deidad alguna. No se descubre ni en sus usos ni en los vocablos de su lengua rastro alguno de religión. No hay costumbre suya que parezca rito, ni palabra que indique Dios. Finísimos ateistas. Bien es verdad que tienen esta expresión *Qui nca abapegdi* « El que nos crió », pero es subsecuente a la noticia de la creación que se les dió. También tienen ésta : *Qui namalica n Jecatanapec* « El que nada no puede », pero también es consiguiente al conocimiento de la Omnipotencia.

« Pudiérase sospechar que a las estrellas que llamamos cabrillas, tuviesen por su criador así por el nombre *Gdoapidalgate* que les dan y que quiere decir Nuestros Abuelos, como por el alboroto con que las celebran al descubrirse en sus tierras. Pero en esto no hay más misterio que como éstas se muestran al entrar la primavera, las celebran como señal de la proximidad de las frutas, no como causa de ellas; y así pasado aquel primer alegrón ya no se acuerdan más de ellas, hasta que al año siguiente vuelven a aparecer en su hemisferio. Y así el llamarlas

¹ KOCH-GRÜNBERG, obra citada, p. 59.

Nuestros Abuelos no es creencia de serlo, sino acomodación de términos que usan mucho. »

Por el momento es imposible comprender por qué un conjunto sideral (que por cierto es bastante llamativo pero que reúne, al fin, seis a siete diferentes estrellas), llegó a representar una sola individualidad (el héroe del cual pretendían descender los Mocovíes).

§ 6. La constelación « La Caza del Avestruz »

Este tema tan variado en la mitología astronómica de los indígenas chaquenses tampoco falta en nuestro manuscrito donde tropezamos con el párrafo siguiente (libro I, capítulo 8):

« Al Crucero llaman *Amanic*, esto es, Avestruz. Cuentan que corriendo un Mocobí a un avestruz hasta el horizonte, el avestruz trepó por el cielo donde quedó luciendo como las estrellas, y que de su lucimiento se forma el Crucero. »

Comparando este texto con el de Guevara (ver el § 6 de nuestra monografía anterior), resulta que es algo diferente. Guevara habla de un avestruz perseguido por algunos perros; aquí tenemos el ave *cazada por un indio*. Creemos que falta el perro (compárese la variante de los Mocovíes modernos, p. 79 de nuestro estudio anterior), así que astrotéticamente la Cruz del Sud (con la Bolsa de Carbón que es el cuerpo), correspondería al avestruz; α *Centauri* al indio y β *Centauri* (entre éste y la Cruz) al perro.

Más adelante (p. 153) volveremos al asunto, comparando las diferentes variantes.

§ 7. La Vía láctea

« A la vía láctea llaman *Naadic*, que significa camino », dice nuestro manuscrito (libro I, cap. 8).

El término indio corresponde en un todo a *n-aaddik* (Mocoví 3), *n-adih*, *n-adicque* (Mocoví 5) y *n aadic* (ídem 9), de la lista compuesta por Koch-Grünberg ¹.

La ecuación Vía láctea = camino, también existe entre los Mocovíes por mí examinados en 1924 (estudio anterior, p. 78); es el camino por donde corre el casal de los avestruces celestiales. También existe entre los representantes de la misma tribu examinados por Pelleschi, pues *nadih'Veque*, equivalente que da para la Vía láctea, es variante de *naadic*, etc. (ver arriba), « camino », no de *latiegué*, etc., « laguna », como creía al escribir la página 77 de la primera parte de la *Astronomía de los Mocoví*.

¹ KOCH-GRÜNBERG, *Die Guaikurú-Gruppe*, etc., p. 61.

II

El segundo documento es moderno pero no menos importante que el primero que hemos estudiado en el capítulo anterior, pues ofrece otro comprobante nuevo para la existencia del árbol cósmico en la mitología de los Mocoví, elemento muy singular que era conocido hasta la fecha sólo por un párrafo de la *Historia del Paraguay, etc.*, del padre José Guevara. Debo recordar entonces que en 1921, el Consejo Nacional de Educación de Buenos Aires, a iniciativa del doctor Juan P. Ramos, hizo realizar, entre los maestros y directores de las escuelas de su dependencia, una encuesta sistemática del folklore moderno tal como corre entre los actuales habitantes de la República Argentina. Juntóse de esta manera una gran cantidad de legajos que amontonados unos sobre otros darían una pila de casi siete metros de altura. Hasta la fecha, el que escribe estas líneas ha sido el único interesado en repasar, hoja por hoja, todo aquel enorme montón de papeles manuscritos que actualmente se guardan en el Instituto de literatura argentina, anexo a la Facultad de filosofía y letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Al revisar el legajo Chaco, encontré pues cual cardo salvaje entre las cultivadas flores de la poesía popular que no niegan su origen europeo, un mito legítimamente americano, autóctono, indio. Es el texto que motiva estas líneas. Fué apuntado en Resistencia por el maestro señor Rafael López Lotero, de la Escuela superior de varones número 1, y referido por un indígena mocoví apellidado Gervasio Fernández, muy anciano al parecer, pues una acotación le atribuye 90 años. El texto no lleva título. El que sigue, fué puesto por nosotros para relacionar nuestro documento, inmediatamente, con un parágrafo (§ 6) de la primera *Astronomía de los Mocoví*, del cual representa una ampliación importante e inesperada. Llevará pues el nuevo mito el mismo encabezamiento que aquel parágrafo 6 al que pertenece.

§ 1. *La constelación « La Caza del Avestruz »*

« En tiempos remotos, en que el Dios había creado el mundo tal como existe, al poblar la tierra de seres vivientes había colocado a dos animales, el Avestruz y el Perro en medio de un rincón espléndido de la tierra, donde disponía cada uno de cuanto pudiera necesitar: campos, pastos, ríos, granos, alimentos, etc., con el objeto de vivir pacíficamente para formar generaciones. Pero un buen día hubo discordias entre ambos, y como el Avestruz le diera una fuerte patada al Perro, éste sumamente disgustado lo persiguió con el objeto de darle caza, de

tal manera que según la tradición, corrieron de un lado hacia otro por toda la superficie de la tierra. Y cuando el Avestruz halló un inmenso árbol que llegaba al infinito se subió en él, creyendo salvarse de su perseguidor; pero el Perro que olfateando llegó al pie del árbol, trepó por él y siguió a su perseguido. Viendo el Dios de ellos tanta persistencia en vengar sus faltas, decidió castigarlos, convirtiéndolos en estrellas.

«Y he aquí que en el cielo estrellado, se ve aún al Avestruz perseguido por un Perro.»

Empieza nuestro texto con una concesión al ambiente bíblico: la creación del mundo por Dios y la existencia de un paraíso, descrito como rincón espléndido de la tierra donde disponía cada uno de cuanto pudiera necesitar, etc. Esta introducción, o es reflejo de la enseñanza cristiana del indio o arreglo del maestro que salvando del olvido el texto lo acopló, sin mala intención, a la corriente creencia religiosa. Todo lo que sigue, es perfectamente indígena: los dos animales, el antagonismo entre ellos, la persecución del avestruz por el perro y la fuga del primero hasta el cielo adonde le sigue el carnívoro, representando ahora ambos animales una constelación sideral. Este mito, o más bien dicho, cuento explicativo de una constelación, está ligado con el ambiente bíblico en forma bastante hábil. Viven los dos animales en el paraíso, en plena paz, hasta que un buen día surgieron discordias entre ambos; no sabemos por qué. Sucede ahora la persecución y fuga del avestruz, etc., terminando todo con el catasterismo de los actores, considerado este desenlace — otra vez bajo la influencia de las doctrinas eclesiásticas — como castigo de Dios para «vengar sus faltas».

Lo característico del texto, limpiado de su prólogo y epílogo artificial, consiste pues en «la caza del avestruz», motivo ya tres veces comprobado para la uranografía de los Mocoví.

La primera vez ¹ fué comunicado en la mitad del siglo XVIII, por el padre Guevara (p. 64 de la edición Groussac), quien escribe como sigue: «Al Crucero llaman *amnic*, que quiere decir «avestruz»; a las estrellas que le circundan, *ipiogo*, que significa «perro». El misterio es que estos perros siguen al avestruz para cazarle, y como éste corre y corre mucho, aunque los perros le siguen, no le alcanzan.» Y agregué a continuación: «Como se ha visto en nuestra monografía anterior [sobre la astronomía de los Tobas], el asunto es incompleto (*Mitología sudamericana*, VI, § 9), pues faltan ante todo los dos muchachos, dueños de los dos perros cazadores; estos dos muchachos están representados por las estrellas α y β *Centauri*.»

¹ LEHMANN-NITSCHKE, *Mitología sudamericana*, VII. *La Astronomía de los Mocoví*, p. 75-76 y las notas 1 de la p. 75 y 1 de la p. 76, donde se analizan las palabras indígenas.

El segundo caso corresponde al nuevo texto también del siglo XVIII, debido a un compañero de Guevara y publicado en la parte primera, párrafo 6 del presente estudio. Aquí se trata de un avestruz perseguido por un perro, pero creo que falta el indio cazador (ver arriba p. 152).

La tercera vez, yo mismo apunté, en 1924, en Quitilipi, el dato siguiente¹: « Los indios mocovíes encontraron una vez un avestruz y los perros lo persiguieron. Subió el avestruz al cielo y allí se quedó. »

Comparada con estas tres versiones la cuarta que se publica en estas líneas, resulta que en todas se trata de un avestruz y de algunos o de un solo perro. El relato de la variante nueva es tan sencillo y claro que sólo puede haber un solo perro (no dos o más, como en las variantes ya conocidas), pues la causa de la fuga del avestruz, es la fuerte patada que diera a su compañero. La variante nueva, respecto a este detalle, no está pues alterada. Tampoco faltan en ella los hombres cazadores que aparecen en la segunda, de Quitilipi, y deben haber actuado en la primera del padre Guevara como ya lo hice notar al comentar el respectivo párrafo (ver arriba).

En cuanto a la astrótesis de las cuatro variantes mocovíes, hay poca diferencia. Se trata para la primera versión, según las palabras textuales del padre Guevara, de la Cruz del Sud (el avestruz) con las estrellas que la circundan (los perros). No creemos empero (y esto no fué dicho en nuestra *Astronomía de los Mocoví*) que el ave pueda ser delineada simplemente por las cuatro estrellas clásicas de la Cruz, pues ellas no dan su contorno ni su eje; lo que marcan para el concepto de muchos aborígenes sudamericanos, desde la Patagonia hasta el norte del Brasil, es generalmente el pie o la pisada (hay las dos variantes) de un avestruz (α *Crucis* representa el talón; α - β , α - γ , α - δ los tres dedos). La astrótesis del padre Guevara debe pues rectificarse en el sentido de que es general, no especificada (v. m. a. los detalles astrotéticos del mismo tema entre los Tobas y Vilelas). Los perros que persiguen al ave, a no dudar son algunas de las brillantes componentes del Centauro, α y β en primer lugar, o cuando admitimos que faltan, en el texto, los dos muchachos cazadores a quienes corresponden, entonces, las dos citadas estrellas α y β , sus perros serán α y β *Crucis*, como entre los Tobas (v. m. a.). El avestruz mismo también puede ser del tipo « lacteal » (v. m. a.), al fin, las palabras del padre Guevara llevan a una serie de interpretaciones hipotéticas. Debemos conformarnos con dejar constancia que su astrótesis « Crucero » es general y no puede ser detallada.

La segunda versión (ver arriba p. 152) creo que debe completarse en el sentido de que la Cruz del Sud (con la Bolsa de Carbón que es el cuerpo) corresponde al avestruz, α *Centauri* al indio cazador y β *Centauri* a su perro.

¹ *Ibidem*, p. 79.

En cuanto a la tercera variante apuntada por mí en Quitilipi, es muy rudimentaria y sólo sabemos que el avestruz es representado por la « Bolsa de Carbón »; no dice el texto si fueron astralizados también los indios con sus perros que lo persiguieron.

La cuarta versión, al fin (la presente), tampoco da detalles astrotéticos, pero no hay duda que se trata de la región de la Cruz Austral.

Los Mocovíes modernos, en su uranografía tienen también un casal de avestruces celestiales con la correspondiente nidada y el camino que suelen recorrer ¹.

El motivo del avestruz perseguido desempeña un papel importante en la siderología de otras tribus chaquenses, ante todo de los Tobas, hermanos lingüísticos de los Mocoví, pero también en la de los Vilelas. He dedicado a ella tres monografías especiales que deben ser consultadas en cuanto a los detalles. Entre los Tobas ², conócense ahora tres variantes del « avestruz sideral » y dos del « lacteal ». Entre los Vilelas ³, existen también ambos tipos (cada uno en una sola versión) aunque el ave perseguida sólo corresponde al primero (tipo « sideral »).

§ 2. *El árbol cósmico en la mitología de los Mocoví*

El importante elemento del árbol cósmico encuéntrase también en la mitología de los antiguos Mocoví estudiados por el padre Guevara. Del párrafo insertado textualmente en nuestra primera monografía sobre la astronomía de estos indios ⁴, reproduzco otra vez, para facilitar las ampliaciones nuevas que se publicarán más adelante, las siguientes líneas :

« Los Mocobís fingían un árbol que en su idioma llamaban *Nalliagdigua*, de altura tan desmedida que llegaba desde la tierra al cielo. Por él, de rama en rama, ganando siempre mayor elevación, subían las almas a pescar de un río y lagunas muy grandes que abundaban de pescado regaladísimo [; Vía láctea!]. Pero un día que el alma de una vieja no pudo pescar cosa alguna y los pescadores la negaron el socorro de una limosna para su mantenimiento, se irritó tanto contra la nación Mocobí,

¹ *Ibidem*, p. 78-79.

² LEHMANN-NITSCHÉ, *Mitología sudamericana*, VI. *La astronomía de los Tobas*, *ibidem*, XXVII, p. 276-278 (= § 9), p. 281. — *Idem*, X. *La astronomía de los Tobas* (2ª parte), *ibidem*, XXVIII, p. 191-193 (= § 17).

³ LEHMANN-NITSCHÉ, *Mitología Sudamericana*, XI. *La astronomía de los Vilelas*, *ibidem*, XXVIII, p. 217-218 (= § 9).

⁴ LEHMANN-NITSCHÉ, *Mitología sudamericana*, VII. *La astronomía de los Mocoví*, etc., p. 67.

que transfigurada en capiguara [*Hydrochoerus*], tomó el ejercicio de roer el árbol por donde subían al cielo, y no desistió hasta derribarlo en tierra con increíble sentimiento y daño irreparable de toda la nación.

« Los demás indios, aunque colocan las almas de sus difuntos entre los astros, no explican por dónde se les franquea el paso a las eternas moradas. »

Con el famoso árbol *Nalliagdigua* parece está relacionado el siguiente párrafo, algo confuso, que se halla en la página 64 de la *Historia* del padre Guevara :

« Las estrellas tienen por árboles cuyas hermosas ramas tejen de rayos lucidos y brillos centellantes. »

Puede ser que ante las palabras « árboles cuyas », falta algo como « flores de », y que además, en vez de « árboles », debe leerse « árbol » (en singular), es decir, el árbol celestial *Nalliagdigua*. En tal caso, el respectivo párrafo diría como sigue : « Las estrellas tienen por flores del árbol celestial *Nalliagdigua*, cuyas hermosas ramas tejen de rayos lucidos y brillos centellantes. » Repito que se trata de una mera suposición mía para aclarar aquel párrafo poco comprensible.

Respecto al análisis del nombre *Nalliagdigua* bastante difícil por cierto, he llegado a la conclusión ¹ de que puede ser el árbol « mistol » (*Zizyphus Mistol*) o más bien el ombú (*Phytolacca dioica*) que adquiere un aspecto imponente.

El árbol cósmico de la mitología de los Mocoví queda ahora confirmado por el texto nuevo que motiva la publicación de estas líneas. Habla sin ambages de « un inmenso árbol que llega al infinito ». La expresión no puede ser más lapidaria y precisa. El avestruz, corrido por el perro de un lado hacia otro por toda la tierra, halla al fin el místico árbol, lo sube y cree haberse salvado; pero el perro que olfateando llegó al pie del árbol, trepa también por él y sigue a su perseguido. De esta manera, ambos animales llegan al cielo donde se ven todavía, astralizados. He aquí el mito interpretativo de un grupo de estrellas consideradas por el indio como conjunto.

En cuanto a la relación entre el texto del padre Guevara y el presente, el último se refiere a un asunto donde el árbol cósmico sólo desempeña un papel secundario : existe y suben por él al cielo, el animal perseguido y el perseguidor; nada más. En el relato del otro jesuita, empero, el árbol es la parte principal. Aunque no llegamos a saber los detalles de su formación y vida, nos enteramos de su destrucción y de las consecuencias irreparables para la gente de entonces, sin que éstas sean detalladas.

El importante elemento primitivo de la mitología representado por el

¹ *Ibidem*, p. 68.

árbol mundial, figura también en otras zonas de Sud América. Según la sinopsis provisoria de Th. Koch-Grünberg ¹ vertida al portugués por Carlos Teschauer ², existe entre los caribes de la Guayana (tribus de los Arekuná, Taulipáng, Akawoio, etc.) y entre los Chané (Aruacos chiriguinizados) de Bolivia. También en estos casos, el árbol es derribado al suelo (por Makunaima, por Ma'nápe, por Sigu, hijo de Makunaima, y por los mismos indios Caribes), con el fin de conseguir sus frutas abundantes. Pero una vez echado abajo, ábrese una fuente de agua que había entre sus raíces, e inunda la región (así en las versiones de los Arekuná y Taulipáng). Como se ve, el motivo de la destrucción del árbol es completamente diferente del motivo citado en la mitología de los Mocovíes.

Estudiar en todas sus ramificaciones el motivo del árbol cósmico y seguir las tras el mundo entero, no puede ser tarea de este modesto suplemento. Un ensayo de esta clase resultaría, además, difícilísimo por la falta de estudios preparatorios y preliminares. Pero queremos dejar constancia que el árbol cósmico, representa un elemento principal en ciertas mitologías del *mundo antiguo*, por ejemplo, en la germánica; todos conocemos, con abundancia de detalles, el fresno Yggdrasil descrito en la Edda, y es realmente curioso que al pie de sus raíces principales, también exista el correspondiente número de fuentes. Cabe pues la pregunta: La idea de un árbol cósmico, ¿ nació una sola o varias veces? ¿ nació en un solo punto de la tierra o en varios? Cuando se comprueba su existencia en la antigua Escandinavia y en el Chaco Central, ¿ es el mismo su origen? ¿ o tratase de una simple convergencia? He aquí el problema.

Para iniciar su solución debemos reflexionar sobre la manera cómo habrá nacido, en la mente del hombre primitivo, el concepto de un gigantesco árbol mundial. No tardamos en reconocer inmediatamente la Vía láctea como el objeto o modelo que se ha reflejado en esta forma, en el espejo cerebral del hombre simple. Estamos de acuerdo con P. Ehrenreich cuando al tratar de las relaciones entre el reino vegetal y los motivos mitológicos dice como sigue ³:

« Otra relación [del reino vegetal] con el cielo consiste en el concepto de la Vía láctea como árbol mundial. Este concepto se nota en los mitos cosmogónicos de la mayoría de los pueblos. El sol, la luna y las estre-

¹ KOCH-GRÜNBERG, *Vom Roroima zum Orinoco...* II, p. 33-38, 259-265, Berlín, 1916.

² TESCHAUER, *Estudos ethnologicos. A arvore mundial e o diluvio*, en *Boletim do Museu Nacional do Rio de Janeiro*, I, p. 247-253, 1924.

³ EHRENREICH, *Die allgemeine Mythologie und ihre ethnologischen Grundlagen (= Mythologische Bibliothek*, IV, 1), p. 145, Leipzig, 1910.

llas pueden ser las frutas de este árbol. Las ideas de la huerta de las Hespéridas, del fresno Yggdrasil y de los árboles del Paraíso corresponden a este concepto. El mito del árbol mundial no pertenece pues propiamente a la mitología vegetal sino a la celestial, dicho sea esto en contra de las explicaciones de Wundt en su *Mythus*, III, p. 193, 220. »

En nuestro estudio anterior (p. 67) habíamos considerado al río y las lagunas muy grandes que abundan de pescado regaladísimo y donde fué a pescar el alma de una vieja, como la Vía láctea; ahora, cuando interpretamos esta última también como el árbol cósmico por el cual, « de rama en rama, ganando siempre mayor elevación », subía esa vieja, estamos en presencia de una aparente contradicción. Insistimos, ante todo, en ambas interpretaciones, resolviéndose el conflicto por la combinación o superposición de dos ecuaciones diferentes, a saber: « Vía láctea = el río (celestial) con lagunas », por un lado, y « Vía láctea = el árbol cósmico » por el otro. La primera idea es universal y parece corresponder a las « elementales » en el sentido de Bastian, mientras que la segunda, más bien parece haber salido de una determinada región del mundo antiguo de la cual se difundió a muchas otras partes.

Reconocido entonces en la Vía láctea el objeto cósmico que fué interpretado por el hombre primitivo como un enorme árbol que surge en el horizonte y se extiende hasta el cielo, el problema ya es menos complicado. El modelo ha sido, es y será visible en todas partes de nuestra tierra para el habitante que se esfuerza dominarla; está pues perfectamente expuesto y su influencia sobre la retina y el cerebro de los observadores actúa sin que haya correlación entre estos últimos. Dada entonces la relativa homogeneidad de la constitución encefálica del género humano, por lo menos respecto a ciertas ideas elementales, un objeto cósmico, de acción perpetua sobre la mente del hombre, puede muy bien haber sido interpretado siempre como el mismo objeto terrestre (aunque de dimensiones colosales), sin que haya existido una conexión entre dos determinadas regiones. El concepto de la Vía láctea como árbol cósmico pertenece pues, así lo parece, a la categoría de las « ideas elementales » de August Bastian.

ÍNDICE DE LAS CONSTELACIONES EN ORDEN ALFABÉTICO

Nuestro Abuelo el Señor, I, § 5. — El Camino, I, § 7. — La Caza del Avestruz, I, § 6; II, § 1.

ÍNDICE DE MATERIAS EN ORDEN ALFABÉTICO

(Bolsa de Carbón), I, § 6; II, § 1. — *Centauri* α , β , I, § 1; II § 1. — Cielo, I, § 1. — Cruz del Sur, I, § 6; II, § 1. — Eclipse (lunar), I, § 3. — Estrellas en general, I, § 4. — Luna, I, § 2; calendario, I, § 2; fases (novilunio), I, § 2. — Pléyadas, I, § 5. — Sol, I, § 2. — Venus (matutina), I, § 4 a. — Vía láctea, I, § 7; II, § 1, § 2.